

una ardiente fiebre que habia contraido por sus grandes fatigas antes de ser apresado; pero jamás se le vió triste, ni se le oyó dar un solo quegido. Luego que llegó á Checo se le encerró, cargado de cadenas, en una prision horrorosa; y aunque es cierto que el estado deplorable á que le habia reducido la violencia de la calentura y los trabajos del viage enterneció algun tanto al carcelero, de modo que en vez de arrojarle en lo mas hondo del calabozo, le puso en el lugar destinado á los guardas, sin embargo no dejó de padecer todos los horrores de la prision, no teniendo otro lecho que la dura tierra, ni mas alimento que un poco de arroz que le enviaba escondidamente cuando podia una piadosa cristiana; y aun el pequeño alivio que le procuró la compasion del carcelero fue de poca duracion, pues de allí á poco se le trasladó á otra cárcel mucho mas incómoda, despues de haberle despojado de sus hábitos y cargado de nuevas cadenas que arrastró hasta el dia de su glorioso martirio. Pero el Señor que le consolaba en medio de sus turbulencias, le renovó y aumentó sus fuerzas con un prodigio inesperado. La enfermedad del santo misionero habia llegado en la prision á agravarse hasta el punto de hacer desesperar de su vida á sus mismos verdugos; mas apesar de esto, y aunque no se le aplicó remedio alguno, en el momento de cargarle las cadenas para conducirle á la nueva prision quedó perfectamente sano.

50. Fue presentado poco despues á los jueces é interrogado acerca de los motivos de su prision. Cercábale entretanto á la redonda un populacho idólatra llenándolo

de injurias y denuestos, lo que se repetia cuantas veces era conducido de la prision al tribunal y del tribunal á la prision. Avezados á mirarle como á un hombre proscrito y destinado al último suplicio, escarnecíanle de continuo los infieles, y jamás le permitian pararse delante de sus casas ni un solo momento para descansar, no obstante de ser larga la distancia y de que los grillos habian llenado sus pies de llagas que se renovaban á cada paso causándole el mas cruel dolor, y que le obligaron á quedar tendido por espacio de quince dias sin poder moverse en un ángulo de la prision. Finalmente, despues de muchos interrogatorios fue condenado á muerte por haber predicado la religion cristiana, comprendiendo el mismo decreto la sentencia del bonzo Thay-Tinh, quien fue destinado á la guardia de los elefantes por haber tenido oculto en su casa al misionero. Este accidente de haber unido la causa del sacerdote de los ídolos con la del predicador de la fe, hizo retardar la egecucion de la sentencia, porque el bonzo apeló repetidas veces y á diferentes tribunales, procurando siempre nuevas dilaciones. Por otra parte, segun una antigua costumbre de aquel reino, no se llevaba á efecto ordinariamente la egecucion de las sentencias dadas en todo el año sino durante la última luna, período que corresponde á parte de nuestros meses Diciembre y Enero; y cuando por algunas razones públicas ó privadas se difiere el suplicio de algun reo, se difiere siempre quando menos por un año entero, y frecuentemente por muchos, como sucedió á nuestro misionero ya por las apelaciones del bonzo, ya por las fiestas públicas que se

celebraron en otro año durante el tiempo de las egecuciones, ya finalmente por las guerras y calamidades que sobrevinieron despues. Mientras tanto, el confesor de Jesucristo que habia oido su condenacion con estraordinaria alegría, consumíase de tristeza por las repetidas dilaciones de su martirio atribuyéndolas á su propia indignidad: „mis pecados, decia en una de sus cartas, mi soberbia y mi ingratitud para con Dios, son las causas que me privan de este bien que yo tanto deseaba, y que esperaba conseguir quizá con demasiada presuncion.”

51. El Rey de Tonquin, á pesar de la grande aversion que tenia al cristianismo, era de un carácter bondadoso, amante de sus pueblos y pronto siempre á perdonar; de suerte que no autorizaba la persecucion sino por condescender á las instancias y violentas representaciones de los mandarines: compadecido además de sus súbditos por causa de las públicas calamidades, dábales repetidas pruebas de clemencia para consolarles, grangeándose de este modo el renombre de clemente y padre de sus pueblos. Semejantes disposiciones del Príncipe conocidas en todo el reino, hicieron pensar á algunos fieles que no seria difícil obtener la libertad del misionero por medio de una tia de aquel Soberano, á la que trataban de cerca algunos cristianos nobles. Aprobaron el proyecto y no cesaban de rogar á Dios por el feliz resultado los pocos misioneros que vivian ocultos en el país; mas el confesor de Jesucristo para quien eran mas preciosas las cadenas que la libertad y todos los bienes de la vida, no quiso entrar en sus miras porque le

parecian indignas de un ministerio consagrado á las funciones del apostolado, y obligado por lo mismo á regular su conducta por la de los primeros discípulos del Hombre-Dios; y no se le pudo arrancar el consentimiento sino por un espreso mandato del vicario apostólico y bajo la precisa condicion de que se espondria enteramente la verdad del hecho, esto es, que se declararia al Príncipe sin rebozo alguno que el suplicante habia ido á Tonquin á predicar la religion de Jesucristo; que en efecto la habia anunciado durante algunos años; que por este motivo habia sido arrestado, cargado de cadenas y condenado á muerte; pero que no obstante la gran clemencia de su Magestad, le movia á pedir y esperar su libertad y el permiso de permanecer en el reino. Pero léjos de conformarse con la voluntad del siervo de Dios, la Princesa encargada de presentar el memorial al Rey su sobrino, espuso que el prisionero por quien se interesaba era un comerciante que habia entrado en el reino por sus negocios; que habia sido arrestado bajo pretexto de que enseñaba la religion cristiana, á pesar (decia la Princesa) de no habersele encontrado en su poder cosa alguna que pueda probar esta acusacion; que el senado habia condenado á la guardia de los elefantes al que tuvo la temeridad de aprehender á aquel extranjero; pero que no obstante permanecía éste todavía detenido en su prision, lo que le obligaba á recurrir á la real clemencia para obtener la libertad.

Fue presentado el memorial, y obtenida la gracia supuesta la verdad del hecho, de la que debia informarse un eunuco por orden del Rey. Fácil hubiera sido hacer

hablar á este ministro del mismo modo que habló la Princesa, y así lo deseaban ardientemente los cristianos, mas celosos de la conservacion del misionero que escrupulosos en ocultar la verdad. Pero fue de todo punto imposible reducir al padre Gil á que usase de la mas pequeña disimulacion, y mucho mas aun que aprobase un tegido de mentiras: al contrario, confesó claramente que se habia engañado á su Magestad; que la predicacion del Evangelio habia sido la única causa de su entrada en el reino y de su prision; que nadie ignoraba ni podia olvidar que él era cristiano y predicador de la fe de Jesucristo, y que solo bajo de este nombre aceptaria la gracia del Rey si se la otorgaba despues de haberse desengañado. Esta aclaracion tan terminante inutilizó el memorial, y el prisionero permaneció en las cadenas que hacian su mayor gloria: sin embargo, no se le custodió con tanto rigor, de modo que podia egercer el santo ministerio, administrando á los fieles los santos sacramentos, y exhortándoles incesantemente á conformar sus obras con su fe. Predicaba las verdades del Evangelio y las máximas de la Religion con la mayor confianza, y sin recelo de que se encontrase la menor diversidad entre sus obras y sus palabras, pues la santidad de su vida hacia honor á su ministerio. Nadie mas bondadoso para con sus prógimos, nadie mas modesto en el trato, nadie mas penitente y austero para consigo mismo que él: desde el instante que se vió preso por la confesion de la fe, comenzó á mirarse como un extrangero sobre la tierra, y á suspirar por el momento en que sellase con su sangre la verdad que deseaba persuadir á todos los

pueblos. Tres años despues confesó de nuevo á Jesucristo á presencia de todo el senado de Tonquin; sostuvo con su ordinaria firmeza los intereses de la Religion, y sufrió con alegría los insultos, amenazas y otros malos tratamientos de los mandarines y de sus satélites. Aunque pronto siempre á dar razon de su fe, no se le pudo arrancar una palabra que pudiese perjudicar ó comprometer á los demás fieles. „Mandaré que seas atormentado, le dijo el juez, para hacerte hablar.” „Sufriré los tormentos, respondió el misionero, pero no hablaré una palabra.” Hizo entonces el juez que se trajese un martillo y se machacase con él el crucifijo que llevaba el santo confesor, á fin de obligarle á hablar con esta accion de desprecio. „No, dijo el padre Gil, no por esto me precisareis á decir lo que no debo: esa imágen, añadió, no puede sentir los golpes; pero aquel á quien ella representa no dejará impune semejante impiedad.” Reprendióle un senador diciendo que maldecia al juez: „no, contestó el misionero, yo no le maldigo, sino que le declaro una verdad que no me es permitido ocultar.”

52. Poco despues de este último interrogatorio del padre Gil, se supo que el padre Mateo Alfonso Leziniana, natural de un pueblo de España llamado Navas del Rey, y religioso del convento de dominicos de Segovia, habia sido arrestado por los gentiles en el mismo lugar y cuasi de la misma manera que lo fue seis años antes el padre Gil, á quien alligó sobremanera esta noticia porque temia que la prision del misionero apostólico perjudicase á la propagacion de la fe ó diese lugar á alguna persecucion de los cristianos de Luc-Thuy, á quienes

amaba siempre con la ternura de padre. Entretanto la Providencia dispuso las cosas de modo que no sobreviniese otra desgracia á aquellos fieles, y dió á su generoso ministro un motivo de consolacion, permitiendo que el nuevo confesor fuese conducido á la misma cárcel para no separarse ya en adelante ni aun en el momento del martirio.

53. Los méritos contraídos por el padre Leziniana en sus tareas apostólicas, le hacian digno de ser asociado en la corona á aquel cuyo celo por la Religion habia emulado durante su vida. En efecto, habiendo penetrado en Tonquin superando todos los peligros de la persecucion, comenzó á egercitar el santo ministerio con los mismos trabajos y con las mismas virtudes que vimos practicar al padre Gil. Desde el principio de su predicacion vino á ser Leziniana el objeto del ódio de todos los sacerdotes idólatras; pero logró sustraerse varias veces de sus pesquisas con la ayuda de los fieles. Difícil seria espresar las penas y peligros á que se espuso, la paciencia y valor con que supo vencerlos, y los admirables frutos que recogió en el espacio de diez años continuos en que llenó todas las funciones del apostolado en todo el mediodía del Tonquin. No solamente instruyó y consolidó en la fe á los antiguos cristianos, sino que aumentó tambien considerablemente su número convirtiendo á la Religion á muchísimos gentiles despues de hacerles conocer la vanidad é impiedad de la idolatría. Con un celo propio de los primeros discípulos de Jesucristo, tenia en nada la distancia de los lugares, la incomodidad de los largos viages, los peligros de los bosques, de las soledades

y de los rios por donde se veia precisado á pasar siempre de noche. Caritativo, penitente, lleno de ternura para con los afligidos, y tan humilde que se tenia por el último y el mas despreciable en la casa del Señor, esforzabase á inspirar los mismos sentimientos á todos los fieles, y especialmente á los catequistas que eran como sus cooperadores en el santo ministerio. Acusado finalmente por un literato idólatra, apresado y conducido á la capital y á la presencia del senado, confesó valerosamente la fe, y oyó sin perturbarse y dando gracias á Dios la sentencia que le condenaba á muerte por haber predicado la Religion. Pronunciada ya su condenacion, trasladáronle, como ya dijimos, á la misma cárcel del padre Gil; mas por una inconsecuencia de los jueces que no es posible esplicar humanamente, se redujo la prision de los dos confesores á un simple arresto en la casa contigua á las cárceles públicas, donde les permitian recibir á cuantos querian visitarles. Atribuia el pueblo esta libertad al crédito que gozaban algunos cristianos en la corte; pero como quiera que esto fuese, lo cierto es que los santos misioneros, aprovechándose de esta libertad, vivian en aquella casa como hubieran podido vivir en sus conventos de España. Mientras tanto no cesaban de dar gracias á Dios y de admirar el prodigio de su omnipotencia, que hacia que en el mismo lugar donde eran perseguidos de muerte sus ministros y proscrita con edictos su religion, se permitiese á dos misioneros condenados ya al último suplicio continuar, á los ojos mismos de la córte, todos los egercicios de su profesion, instruyendo á los fieles, celebrando los santos misterios,

administrando todos los sacramentos y aun predicando y convirtiendo algunos idólatras. Cuanto mas se acercaban los santos confesores á su última hora, tanto mas veían aumentarse el fervor y la piedad en sus discípulos. Segun la relacion del obispo de Corea (1), en solo un año confesó el padre Gil á mil ochocientas personas, y bautizó á setenta y tres recién convertidos; y el padre Leziniana, que estuvo solos ocho meses en el lugar del arresto, oyó seiscientas veinte confesiones y bautizó treinta catecúmenos sin dejar de administrar los demás sacramentos. El día de Pascua tuvieron el consuelo de celebrar el sacrificio de la misa el uno despues del otro, con la asistencia de un gran número de cristianos, de los que muchos recibieron de sus manos la sagrada comunión.

54. Así se preparaban los dos confesores de Jesucristo para entrar en el último combate, por el que suspiraban ya con una santa impaciencia; pero entretanto lisonjeábanse sus discípulos con la esperanza de hacer revocar la sentencia de muerte, y confirmáronse en esta idea consoladora cuando supieron que el Príncipe, tío del Rey, habia hecho llamar á su palacio á los dos misioneros para pedirles nuevas instrucciones sobre la Religion cristiana. Descaba este Príncipe ver algunos libros que tratasen de la fe con un estilo claro y metódico, y los misioneros le presentaron dos catecismos, de los cuales el uno estaba impreso en lengua china y el otro manuscrito en el idioma propio de Tonquin. Retuvo éste el

(1) *Touron Hist. des hom. illustr. de l'ord. de S. Dominique, lib. 48.*

Príncipe, leyó algunos trozos y propuso despues sus dudas, que los predicadores procuraron desvanecer; mas como queria juzgar de la Religion por sola la luz natural, y no pudiendo en consecuencia comprender las verdades sobrenaturalmente reveladas, terminó el largo coloquio confesando que estaba persuadido de que el culto de los ídolos era extravagante y la religion del país llena de falsedades; „pero, añadió, comprendo aun menos los dogmas de la Religion cristiana, y sus misterios me hacen estremecer.” Así es que permaneciò constantemente en la incredulidad y sin querer someter su razon altanera bajo el yugo de la fe, á pesar de la celosa predicacion de los misioneros, y no obstante de ser él mismo bastante sábio para despreciar los ídolos. ¡Tan cierto es que el principio de la fe consiste en la piadosa afeccion de la voluntad producida, no por el hombre ni por su razon, sino por la gracia de Dios!

Sin embargo, no desistieron los cristianos de su proyecto de solicitar la libertad de los dos prisioneros. Aunque no podian ya contar con la intervencion de aquel Príncipe, como antes se habian prometido, creyeron hallar otro medio mas oportuno y favorable en las disposiciones que manifestó por entonces el Rey en un decreto dirigido al senado. Como no cesaban las calamidades públicas, sino que por el contrario se aumentaban de dia en dia, imaginó el Rey que el cielo castigaba su reino por alguna grande injusticia, y movido de este pensamiento mandó á todos los jueces que examinasen de nuevo y sin tardanza alguna los procesos de cuantos se hallaban en prisiones; que diesen inmediatamente

libertad á los que reconociesen inocentes, y que absteniéndose de todo rigor, usasen de alguna indulgencia para con los reos. Apenas se publicó este decreto, cuando los cristianos de la córte, resueltos á no omitir medio alguno para libertar á sus misioneros, hicieron saber al padre Gil que se presentaba una favorable ocasion de recobrar la libertad si quería firmar un memorial que ellos mismos presentarian al Rey. Desagrado la proposicion al santo confesor; y no solo rehusó dar semejante paso, sino que rogó encarecidamente á sus amigos que no hiciesen instancia alguna dirigida á conservar la vida, porque creia que cualquiera acto semejante podria perjudicar al honor de la religion. „¿No seria de temer, decia, que se escandalizasen los fieles, y que los gentiles mirasen á los ministros del Evangelio como impostores, si al mismo tiempo en que exhortamos á los cristianos á sufrir con paciencia y firmeza quanto les sucediere de adverso por causa de su fe, nos viesen rehusar de cualquier modo y huir cobardemente de sellar con nuestra sangre la misma religion que anunciamos?

55. Logró en fin con sus oraciones y súplicas mas que con sus razones hacer desistir á sus amigos de aquella empresa, de suerte que los que á falta del memorial habian resuelto ofrecer una gran suma de dinero por su vida y libertad, no osaron egecutar su designio por temor de ofenderle. No consultaron empero al padre Leziniana para trabajar en su favor; y en consecuencia los jueces encargados de revisar los procesos, confirmaron la sentencia de muerte contra el padre Gil, y permutaron la de su compañero en la de cárcel perpétua; mas

habiendo visto el Rey dos fallos tan diferentes en una misma causa, rehusó suscribir y cometió su conocimiento al senado. Antes que este tribunal publicase su decision, esparcióse en el pueblo la voz de que uno de los dos predicadores seria muerto y el otro perdonado. Pocos dias despues confirmó esta misma noticia el secretario del tribunal, haciendo saber á los cristianos de la córte que en la mañana siguiente debia ser decapitado el padre Gil, y no hablando una palabra del padre Leziniana, cuyo nombre no se hallaba en el catálogo de los destinados al último suplicio. Muy diferentes fueron los efectos que produjo esta nueva de la que ya nadie dudaba; mitigó en parte la inquietud y afliccion de los fieles que esperaban de este modo conservar al menos uno de sus pastores: aumentó la alegría del padre Gil que se consideraba en la víspera de terminar su carrera con la muerte mas preciosa; y por la razon contraria hizo derramar un torrente de lágrimas al padre Leziniana, quien atribuia á sus pecados la pérdida de la corona del martirio.

Vióse entonces lo que raras veces sucede entre los hombres: el que iba á terminar su vida bajo el hacha homicida del verdugo, podia apenas contener los transportes de la santa alegría que inundaba su corazon; y el que se creia destinado á vivir necesitaba de toda su virtud para moderar su profunda tristeza. Esforzabase el primero á consolar al segundo, que en cualquier otra circunstancia debiera haber sido su consolador; pero consolábale como cristiano, como confesor de la fe, como mártir de Jesucristo. „No os aflijais, le decia, porque